

LIBRO PRIMERO

La noche menos negra que el hombre.

I.

La punta del Sur de Portland.

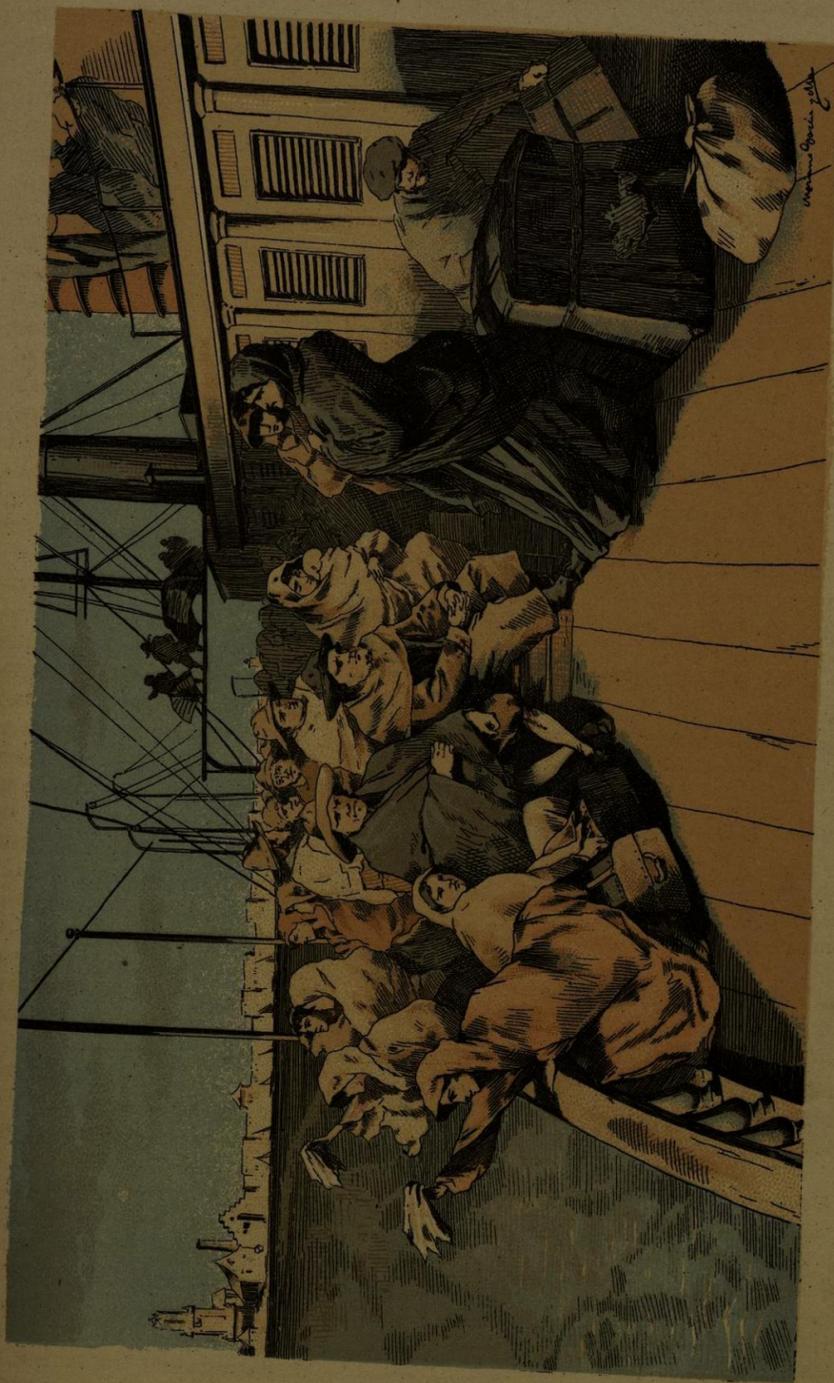
Un enérgico y huracanado viento del Norte reinó en el continente europeo, y con mayor violencia en Inglaterra, durante todo el mes de Diciembre de 1689 y durante todo el mes de Enero de 1690, produciendo el frío calamitoso de dicho invierno, "memorable para los pobres", como quedó anotado en el márgen de la Biblia de la capilla presbiteriana de Non Jurors, de Londres. Gracias á la útil solidez del antiguo pergamino monárquico que se empleaba en los registros oficiales, largas listas de indigentes que se encontraron muertos de hambre y de desnudez pueden leerse aun en la actualidad en muchos repertorios locales, particularmente en los registros de la Clink liberty Court del villorrio de Southwark, de la Pie powder Court y de la White Chapel Court, en la aldea de Stapney. El Támesis se heló, lo que únicamente acontece una vez cada siglo. Las carretas circulaban por el río helado, y se estableció en el Támesis una feria con tiendas, en la que se verificaron combates de osos y de toros y en la que asaron un toro entero sobre el hielo, cuyo espesor duró dos meses. El terrible año de 1690 sobrepujó en vigor hasta á los célebres inviernos del principio del siglo diez y siete, que estudió minuciosamente el doctor Gedeon Delaun, al que honró la ciudad de Londres, elevándole un busto con pedestal largo y cuadrado; era dicho doctor boticario de Jacobo I.

Una noche, al terminar uno de los días más helados de Enero de 1690, en una de las numerosas bahías inhospitalarias del golfo de Portland sucedía algo inusitado, que hacía lanzar gritos y dar vueltas alrededor de dicha bahía á las gaviotas y á otras aves marinas, que no se atrevían á entrar en ella.—Esta era la más peligrosa de todas las bahías del golfo cuando soplaban ciertos vientos, y por lo tanto era también la más solitaria y cómoda, por el peligro que ofrecía, para los navíos que desean ocultarse. Un buque viejo, cerca de los pe-

ñascos, por causa de la profundidad del agua, estaba amarrado á la punta de una roca. No debía decirse que la noche cae, sino que la noche sube, porque la oscuridad viene de la tierra. Era ya de noche en los peñascos de la costa, pero era aun de día en lo alto del horizonte. El que se aproximara á la embarcación amarrada hubiera visto que era una urca de Vizcaya.

El sol, medio cubierto de nubes durante todo el día, acababa de desaparecer. Empezaba á sentirse esa angustia profunda que pudiera llamarse la ansiedad del sol ausente. No soplaban el viento del mar, la bahía estaba en calma; esto en invierno era una dichosa excepción. Los puertecillos de Portland son todos enseñadas peligrosas; el mar alborotado se agita dentro de ellos, y se necesita habilidad y ser prácticos para atravesarlos con seguridad; esos puertecillos, más aparentes que reales, hay que mirarlos con prevención, porque es terrible su entrada y es terrible su salida. Esta noche, por casualidad, no ofrecían peligro alguno.

La urca de Vizcaya era un antiguo navío que no se usaba ya. Esta urca, que prestó servicios hasta á la marina militar, tenía cáscara robusta; era barca por la dimension y navío por la solidez, y figuró en la Armada: la urca de guerra es verdad que pagaba fuertes derechos de tonelaje; la capitana Gran Grifon, montada por Lope de Medina, era de seiscientas toneladas y llevaba cuarenta cañones; pero la urca mercante y contrabandista era una muestra insignificante de la de guerra. Sin embargo, las gentes del mar estimaban y consideraban á este navío mezquino. Las cuerdas de la urca eran de cáñamo, y algunas tenían el alma de hilo de alambre, lo que indicaba la probable intencion, pero poco científica, de obtener indicaciones en los casos de tension magnética; la delicadeza de las cuerdas no excluía el tener los gruesos cables de trabajo, las cábricas de las galeras españolas, ni los cameli de los *trirremi* romanos. La caña del timon era larga y tenía la ventaja del gran brazo de una palanca, pero también el inconveniente del pequeño arco de esfuerzo; dos tornos con dos clavos al extremo de la caña corregían este defecto y reparaban la pérdida de fuerza. La brújula estaba bien situada en un almarío pequeño, perfectamente cuadrado, y se balanceaba bien entre dos cuadros de cobre, colocados



LA MATUTINA. URCA DE VIZCAYA

el uno sobre el otro horizontalmente.

Era científica y sutil la construcción de la urca, pero de ciencia ignorante y de sutileza bárbara. La urca era primitiva como la prame y como la piragua; tenía la estabilidad de la primera y la ligereza de la segunda, y como todas las embarcaciones hijas del instinto del pirata ó del pescador, poseía buenas cualidades marítimas; lo mismo servía para el agua cerrada que para el agua abierta: su juego de velas, complicado con estais, le permitía navegar á paso lento por las bahías cerradas de Asturias, que son casi estanques, y con velocidad en alta mar; podía dar la vuelta á un lago y la vuelta al mundo; naves singulares, que tienen dos objetos: que sirven para el estanque y sirven para la tempestad. La urca era entre los navíos lo que es la nevatilla entre las aves; uno de los pájaros más pequeños y uno de los más atrevidos: cuando se posa la nevatilla, apenas mueve la caña, y cuando vuela, atraviesa el Océano.

Las urcas de Vizcaya, hasta las más pobres, estaban pintadas y doradas. La afición á pintarrajear es propia de esos hermosos pueblos semi-salvajes.

Volvamos á ocuparnos de Portland, áspera montaña del mar. La semi-isla de Portland, contemplada en el plano geométrico, presenta el aspecto de una cabeza de pájaro, cuyo pico está vuelto hácia el Océano y el occipucio hácia Weymouth: el istmo forma su cuello.

Portland existe hoy para la industria; sus costas fueron descubiertas por los canteros y los yeseros hácia la mitad del siglo diez y ocho. Desde esa época, de las rocas de Portland se hace el cemento romano, explotación útil que enriquece al país y que desfigura la bahía. Antiguamente estas costas eran montañas; hoy están en ruinas como una cantera: la piocha las muerde y las olas las desgastan, lo que les quita parte de su belleza. Al desgaste magnífico del Océano ha sucedido el golpe acompasado del hombre, y este golpe ha suprimido la pequeña bahía donde estaba amarrada la urca de Vizcaya. Para encontrar algún vestigio de su demolición, es preciso ir á la costa oriental de la semi-isla, hácia la punta, más allá de Wakeham, entre Church-Hop y entre Southwell.

La bahía iba quedando de minuto en minuto más invadida por la oscuridad; la turbia bruma, propia del crepúsculo, se hacía muy espesa, como el aumento de oscuridad en el fondo de un pozo; la

salida al mar de la bahía, que era un estrecho corredor, dibujaba en su interior, donde las ondas se movían, una hendidura blanquecina. Era preciso estar muy cerca para distinguir la urca amarrada á los peñascos y oculta por el inmenso manto de la sombra. Una tabla arrojada desde la orilla á una salida baja y llana del monte, único desembarcadero, ponía en comunicación á la barca con la tierra: formas negras andaban y cruzaban por dicho puente movedizo y se embarcaban en la oscuridad.

Hacia menos frío en la bahía que en el mar, gracias al parapeto de rocas levantado al Norte de este estanque, disminución de frío que no impedía que las gentes tiritasen y que se apresurasen á llegar á la urca.

Los efectos del crepúsculo dibujaban las formas y los trajes de dichas gentes, dando á conocer que pertenecían á la clase llamada en Inglaterra *The ragged*, esto es, de los andrajosos.

Se distinguía vagamente en los relieves de la montaña peñascosa un sendero que torcía. Dicho sendero, tortuoso y casi pendiente, más á propósito para cabras que para hombres, conducía á la plataforma, donde estaba colocada la tabla que servía de puente. Los senderos de los montes tienen un declive que repele; parecen, más que un camino, una caída; parece que caigan, no que desciendan. Este, que era sin duda una ramificación de algún camino de la llanura, era desagradable á la vista, por ser muy vertical. Desde bajo se le veía empinarse por medio de zig-zags á los sitios más altos de la montaña, en donde desemboca á través de las rocas: por ese sendero debieron haber venido los pasajeros que esperaba la urca en la bahía.

Exceptuando el movimiento del embarque, todo estaba allí silencioso y solitario. No se percibía ni un soplo, ni un paso, ni un ruido. Distinguíase apenas á la otra parte de la rada, á la entrada de la bahía de Ringstead, una flotilla, evidentemente extraviada, compuesta de barcos para pescar tiburones. Esos bajeles polares fueron arrojados de las aguas danesas á las aguas inglesas por los caprichos del mar. Los vientos boreales se burlan de los pobres pescadores; éstos iban á refugiarse al surgidero de Portland, signo de que presumían el mal tiempo y el evidente peligro; entonces estaban anclando. La embarcación principal, colocada como vigilante, según la antigua costumbre de las floti-

llas noruegas, dibujaba en negro toda su tripulación sobre la llanura lisa de la mar, y se veía á la parte de delante la horca de pescar cargada de todos los garfios y harpones destinados á coger al *seymnus glacialis*, al *sgnalus acanthias* y al *sgnalus spinax niger*. A excepcion de algunas embarcaciones cercanas refugiadas en el mismo rincón, la vista no distinguía moverse nada más en el vasto horizonte de Portland: no había ni una casa ni un navío. La costa no estaba habitada en esta época, y la rada no era habitable en esta estación.

Aunque ofrecía buen aspecto el tiempo, los seres que iba á transportar la urca de Vizcaya apresuraban la partida. Formaban á la orilla del mar una especie de grupo, movedizo y confuso, que se gobernaba con rapidez, pero que era imposible distinguir uno de otro á aquellos seres, ni conocer si eran viejos ó jóvenes. La noche indistintamente los confundía, borrando casi sus contornos. La sombra era la máscara que llevaban puesta en la cara. Eran ocho y había probablemente entre ellos una ó dos mujeres, difíciles de reconocer entre las desgarraduras y los andrajos que cubrían á todo el grupo, cuyos vestidos ridículos no eran trajes de mujeres ni de hombres, porque los harapos no tienen sexo.

Una sombra pequeña, que iba y venía entre las mayores, indicaba que era un enano ó un niño.

Era un niño.

II.

Aislamiento.

Observando el grupo de cerca, hé aquí lo que se distinguía en él. Todos los que le formaban llevaban capas largas agujereadas y remendadas, pero dobles, para que en caso necesario les tapasen hasta los ojos y les preservaran de los vientos huracanados y de la curiosidad: bajo esas capas se movían con agilidad. La mayoría de ellos llevaba un pañuelo enrollado alrededor de la cabeza, rudimento en el que empieza el turbante en España; ir de este modo no era extraño en Inglaterra: en esta época el Mediodía era de moda en el Norte; quizás sucedería así, porque el Norte batía al Mediodía y triunfando le admiraba. Después de la derrota de la Armada, el castellano en el palacio de Isabel fué la elegante lengua extranjera introducida en la corte. Hablar inglés en el palacio de la reina de

Inglaterra era "Shocking," (1). Participar de las costumbres de los vencidos, es hábito constante del vencedor bárbaro frente á frente del vencido hábil; el tártaro contempla é imita al chino; por eso las modas castellanas penetraron en Inglaterra, y los intereses ingleses se infiltraron en España.

Uno de los hombres del grupo que se embarcaba tenía aire de jefe: calzaba alpargatas y lucía andrajos de pasamanería y dorados y un chaleco de paja gruesa, reluciendo bajo la capa como un vientre de pescado. Otro bajaba hasta la cara un fieltro en forma de sombrero; dicho fieltro no tenía agujero para la pipa, lo que indicaba pertenecer á un hombre letrado.

El niño, por encima de los harapos, llevaba un chaquetón de grumete que le llegaba hasta las rodillas; por su talla parecía tener de diez á once años; iba con los pies desnudos.

La tripulación de la urca se componía de un patrón y de dos marineros. La urca venía de España y volvía á ella. Desempeñaba, sin duda alguna, de una parte á otra servicios furtivos.

Las personas que conducía cuchicheaban entre sí; en este cuchicheo sonaban palabras de muchas lenguas, castellanas, francesas, alemanas, gallegas y vascas; constituían un *patois*, una especie de caló.

Esas gentes parecían pertenecer á todas las naciones, pero á un mismo bando; la tripulación probablemente también lo sería; había connivencia en el embarque. Esta tropa pintoresca parecía ser una compañía de camaradas ó quizás un montón de cómplices.

Si hubiese sido de día, ó se mirase con curiosidad y de muy cerca, se hubiera visto que llevaban rosarios y escapularios escondidos entre los harapos. Uno de ellos, que se mezclaba en el grupo y que parecía mujer, llevaba un rosario muy parecido, por lo abultado de los granos, á un rosario de derviche, y era un rosario irlandés que se llama Llanandiffry.

Se hubiera podido ver también, si hubiese menos oscuridad, una Nuestra Señora con el Niño en brazos, esculpida y dorada en la parte delantera de la urca; probablemente sería alguna Virgen vasca. Haciendo las veces de mascarón de proa, había en dicho sitio una especie de jaula para poner fuego, que

(1) Cursi.

estaba apagado en este instante por exceso de precaución, que indicaba el cuidado que ponían en permanecer ocultos; dicho aparato indudablemente les servía para dos fines; cuando le encendían ardía por la Virgen y daba luz al mar, y era un fanal que desempeñaba funciones de cirio.

El tajamar, largo y agudo junto al bauprés, salía por delante como una media luna; en el nacimiento del tajamar y á los pies de la Virgen había un ángel arrodillado y pegado al estrave, con las alas plegadas y mirando al horizonte con un antejo. El ángel también era dorado como la Virgen. Había en el tajamar agujeros y claraboyas para dejar pasar las olas y para dar ocasión á dorados y arabescos.

Al pié de la Virgen estaba escrita en letras mayúsculas la palabra *Matutina*, nombre del navío, ilegible en este momento en que reinaba la oscuridad.

Al pié del monte peñascoso estaba depositado, en desorden y con la confusión de la partida, el cargamento que iban á llevar esos viajeros, y que, gracias á la tabla que les servía de puente, pasaba con rapidez de la costa á la barca. Sacos de bizcochos, una banasta de *stockfish*, una caja portativa de *soup*, tres barriles de agua dulce, uno de cebada, uno de alquitran, cuatro ó cinco botellas de cerveza, maletas, cofres, una bala de estopa para las antorchas y para las señales, todo esto constituía el cargamento de las gentes embarcadas. Estos andrajosos llevaban maletas, lo que indicaba que su existencia era nómada; los indigentes ambulantes se ven obligados á poseer algo; muchas veces quisieran volar como los pájaros, pero no pueden sin perder su modo de ganar la vida; poseen necesariamente cajas de útiles é instrumentos de trabajo, cualquiera que sea su profesión errante; bagaje que embaraza en más de una ocasión.

Les habría sido difícil transportar todo ese equipaje á la falda del monte peñascoso, y hacerlo así revelaba la intención de una partida definitiva. No perdían el tiempo; aquello era un continuo pasaje de la ribera á la barca y de la barca á la ribera; cada cual tomaba su parte en esta faena; uno llevaba un saco, otro un cofre. Las mujeres posibles ó probables en aquella promiscuidad trabajaban como los hombres; también cargaban al niño.

Era dudoso que este niño tuviera padre ni madre en aquel grupo, porque no

daban señales de vida y le hacían trabajar mucho. Parecía, no el hijo de una familia, sino el esclavo de una tribu; servía á todos y nadie le hablaba. Trabajaba con ligereza y, como los otros, parecía no tener más que un pensamiento, embarcarse pronto. ¿Sabía por qué? Probablemente no. Se apresuraba maquinalmente, porque veía que los demás se apresuraban.

La urca tenía el castillo con cubierta de popa. La colocación del cargamento en la cala se ejecutó con prontitud; iba á llegar el momento de levar velas. La última caja había ya pasado el puente; solo faltaban ya embarcar algunos hombres. Las dos que parecían mujeres estaban ya á bordo. Quedaban seis, y entre ellos el niño, en la plataforma baja del Norte. Llegó el momento de partir: el patrón cogió el timón y un marinero tomó una hacha para cortar el cable de la amarra. Cortarlo indica prisa: cuando el tiempo no apremia, no se corta, se desanuda.—Vamos, dijo á media voz el que parecía jefe de los seis y que llevaba lentejuelas entre los harapos. El niño se lanzó á la tabla para pasar el primero; cuando ya ponía el pié en ella, dos de aquellos hombres, echándose encima uno de otro con peligro de arrojar el niño al agua, entraron en el puente antes que él; un tercero le apartó con el codo y pasó; el cuarto le rechazó con el puño y siguió al tercero, y el quinto, que era el jefe, saltó en vez de entrar en el puente, y al saltar rechazó con el talón la tabla, que cayó al mar: un hachazo cortó la amarra, la caña del timón giró, el navío salió de la bahía y el niño se quedó en tierra.

III.

Soledad.

El niño permaneció inmóvil sobre las rocas y con la mirada fija en la urca, pero ni dijo una palabra ni llamó á nadie. En el navío reinaba también profundo silencio; ni lanzó un grito el niño para que le oyesen aquellos hombres, ni éstos dieron el adiós de despedida á aquél; fué como aceptación muda del intervalo que los separaba. El niño estaba como clavado en las rocas, que la marea alta empezaba á mojar, y miraba alejarse la embarcación.

Un momento después la urca llegó al estrecho de salida de la bahía y penetró en él. Se percibió la punta del mástil

destacándose en el cielo claro por encima de los bloques hendidos, entre los que serpenteaba el estrecho como entre dos murallas. Dicha punta erró un momento por encima de las rocas y después pareció que se hundía, y ya no se la vió: la embarcación había entrado ya en la alta mar.

El niño vió cómo se perdía de vista y quedó asombrado, pero pensativo; á su estupor se mezclaba una sombra, que era la manifestación de la vida; parecía que tuviese experiencia ese ser que empezaba á vivir, y acaso juzgaba ya. Esta, cuando se adquiere demasiado pronto, hace nacer muchas veces en el fondo oscuro de la reflexión de los niños no sé qué terrible balanza en la que esas tier- nas almas pesan á Dios.

Como se encontraba inocente, se conformaba sin quejarse.

El que es irreprochable no reprocha. Esta brusca eliminación que él hacia de sí mismo no le arrancó ni un solo gesto; sentía como una tiesura interior: ante la vía de hecho de la suerte, que parecía querer sacrificar su existencia, casi antes de empezarla, el niño no se dobló. Recibió de pié el rayo.

Era cierto y seguro, para el que viese su asombro y su falta de miedo, que en el grupo que le abandonó ningún ser le quería y que él tampoco quería á ninguno. Estaba tan pensativo que no le hacia mella el frío. De repente el agua le mojó los piés: subía la marea; un fuerte soplo agitó su cabello; el viento huracanado empezaba á levantarse. Se estremeció y sintió un escalofrío por todo el cuerpo, que se despertó, digámoslo así.

Miró por todas partes á su alrededor y se encontró solo.

Para él hasta entonces no habían existido en la tierra más hombres que los que en aquel momento estaban en la urca, y esos hombres habían desaparecido; añadamos á esto una circunstancia muy extraña: que estos hombres que conoció le eran desconocidos también; no podía decir qué eran.

La infancia la pasó entre ellos, sin tener conciencia de ser de los suyos; estuvo superpuesto y nada más.

Esos hombres le dejaban olvidado.

Este niño no tenía dinero; llevaba los piés descalzos y el cuerpo apenas vestido, y no podía contar ni con un pedazo de pan. Era en el invierno y de noche, y era preciso andar muchas leguas para

encontrar una casa habitada, y además, ignoraba dónde estaba.

Solo sabía que los que con él vinieron á bordo por ese mar, se marcharon sin él.

Se creyó puesto fuera de la vida; sintió no ser hombre: el pobrecillo solo contaba diez años. Estaba en un desierto, entre profundidades, desde las que veía subir la noche y desde las que oía gruñir las olas.

Estiró los bracecillos flacos y bostezó.

Después, bruscamente, como el que se decide por un partido, atrevido, desentumeciéndose y con la agilidad de la ardilla—del clown quizás,—dió las espaldas á la bahía y se subió por el monte peñascoso. Escaló el sendero, le dejó; volvió á él alerta y arriesgándose. Andaba tan de prisa que cualquiera hubiera dicho que llevaba su itinerario, y sin embargo, no iba á ninguna parte. Se apresuraba sin ir á punto fijo: era una especie de fugitivo que huía del destino. Trepaba por las escarpaduras de Portland, que estaban hácia el Sur, cuando casi ya no quedaba nieve en el sendero. La intensidad del frío había convertido dicha nieve en un polvo incómodo para el que andase por allí. El niño lo sufrió, á pesar de que su traje de hombre, demasiado grande para él, le incomodaba. Algunas veces pisaba rocas que no estaban á plomo ó algun declive helado que le hacían caer, y se agarraba á una rama seca ó á una salida de piedra, después de pender del abismo durante algunos instantes. Una vez se cogió á una abertura de una pared, que se hundió bruscamente y que le arrastró en su demolición; estos hundimientos son pérfidos. El niño se resbaló durante algunos momentos como una teja sobre un tejado, y estuvo al borde del precipicio, pero empuñando á tiempo una espesa mata de yerba se salvó. El peligro del abismo no le hizo lanzar ni un grito, como tampoco lo había lanzado al ver huir á aquellos hombres; se aseguró más, y silencioso continuó la subida; como el terreno escarpado estaba á gran altura, le sucedieron algunas peripecias durante la ascension. La oscuridad agravaba el precipicio. Las rocas verticales no concluían jamás.

Parecía que retrocedían ante el niño en la profundidad de su altura; á medida que éste subía, la cumbre parecía también subir. Trepano ascendía por la inmensa mole de rocas, colocada como una barrera entre el cielo y él. Por fin

llegó á la cima y saltó á su llanura: casi hubiera podido decir que tomó tierra, porque salía del precipicio.

Apenas llegó á lo alto tiritó de frío; sintió un viento fuerte que le azotaba el rostro; era el Nordeste que soplaba, y estrechó contra su pecho su chaquetón de grumete.

El niño, en cuanto llegó á la esplanada, sentó con firmeza sus piés desnudos sobre el suelo helado y miró á todas partes.

Detrás de él estaba el mar, delante la tierra y encima de su cabeza el cielo; pero un cielo sin astros, porque una bruma opaca mascaraba el zenit.

Al llegar á lo más alto de las rocas se encontró frente á la parte de tierra y la contempló: se presentaba á su vista llana, helada, cubierta de nieve. No distinguía caminos ni casas, ni una cabaña de pastores, nada. Veía que daban vueltas en espiral descoloridos torbellinos de nieve fina, que arrancaba del suelo el viento y se volaban. La sucesión de las ondulaciones del terreno, que aparecían brumosas, se plegaba en el horizonte. Las grandes y deslucidas llanuras se perdían entre la blanca niebla. Reinaba profundo silencio: éste se extendía como el infinito y callaba como la tumba.

El niño se volvió hácia el mar. El mar estaba blanco como la tierra, aquel de espuma, éste de nieve, y nada es tan melancólico como la luz que proyecta esta doble blancura. Esos brillos de la noche presentan solideces muy tersas; la mar era de acero y los montes de peñascos de ébano. Desde la altura donde estaba el niño aparecía la bahía de Portland casi como en un mapa descolorido entre su semicírculo de colinas; parecía soñado ese paisaje nocturno. La luna presentaba el aspecto de una redondez pálida enganchada en un alzapuño oscuro. De un extremo al otro de esta costa no se apercibía ni un solo centelleo que indicase hogar encendido, ventana alumbrada ó casa habitada. Estaba ausente la luz de la tierra como del cielo; ni había una lámpara abajo ni un astro arriba. Los aplanamientos de las olas en el golfo tenían aquí y allá levantamientos súbitos. El viento turbaba y deshacía la superficie tersa del mar en este sitio. Se veía aun al navío huir de la bahía, el que formaba como un triángulo negro resbalando sobre ella. En lontananza y confusamente grandes extensiones de agua se meneaban en el claro-oscuro siniestro de la inmensidad.

La *Matutina* andaba con velocidad: se la veía disminuir de tamaño de minuto en minuto, y nada es tan rápido como la desaparición de un navío en las lontananzas del mar.

En un momento dado encendió el farol de proa; es probable que le inquietase la oscuridad que reinaba á su alrededor y que el piloto juzgase indispensable alumbrar las olas. Ese punto luminoso se veía de lejos adherido lúgubremente á la alta y negra forma de la urca. Parecía una sábana puesta de pié y en marcha por medio del mar, que envolviere á alguno que rodase llevando en la mano una estrella.

Había en la atmósfera síntomas de huracán; el niño esto no lo conocía, pero un marino hubiese temblado. Eran los minutos de anticipada ansiedad en los que parece que los elementos vayan á convertirse en personas, y que vamos á asistir á la transfiguración misteriosa del viento en Aquilon. El mar vá á ser Océano, las fuerzas van á trocarse en voluntades, lo que se considera como una cosa en un alma, y vamos á presenciarnos. De aquí nace el horror que nos acomete. El alma del hombre tiene esta confrontación con el alma de la naturaleza.

El caos estaba próximo á manifestarse. El viento, quebrantando la niebla y amontonando las nubes por detrás de ella, disponía la decoración del drama terrible de las olas y del invierno, que se llama una tempestad de nieve.

Estos síntomas los manifestaban los navíos entrantes; á los pocos minutos la rada ya no estaba desierta. A cada instante se veían surgir los mástiles de los buques, que venían á buscar refugio. Unos doblaban el Portland Bill, otros el Saint-Atbans Head. Llegaban velas de todas partes. Por el Sur la oscuridad se condensaba, y grandes y llenas nubes se aproximaban al mar. El peso de la tempestad, pendiente y cayendo á plomo, apaciguaba lúgubremente el oleaje. No era momento oportuno para aventurarse en alta mar; la urca, sin embargo, había partido ya.

Puso la quilla hácia el Sur; estaba ya fuera del golfo y en alta mar. De repente el viento soltó terribles ráfagas; la *Matutina*, que aun se veía de lejos, se llenó de velas, como resuelta á afrontar el huracán. Reinaba el Noroeste, viento cazurro y colérico, que se lanzó sobre la urca como principiando á encarnizarse con ella; la urca, cogida por un lado, se inclinó, pero no titubeó, y continuó su ve-

loz carrera por lo largo del mar. Parecía esto indicar que el buque, en vez de viajar, huía; que tenía menos miedo al mar que á la tierra, y que le asustaba más la persecucion de los hombres que la de los vientos.

La urca, pasando por todos los grados de disminucion, se hundió en el horizonte; la pequeña estrella que hacia brillar en la oscuridad palideció, y el buque, cada vez más confundido con la noche, desapareció, desapareció completamente.

El niño lo comprendió muy bien y dejó de mirar al mar, volviendo la vista hácia las llanuras, hácia la tierra arenisca, hácia las colinas y hácia todas las partes en que quizás fuera posible encontrar algún sér viviente. Y echó á andar en busca de ese desconocido.

IV.

Preguntas.

¿Qué era esa especie de cuadrilla que huía abandonando un niño? ¿Eran comprachicos los que se evadían?

Ya vimos antes las medidas que tomó Guillermo III y que votó el Parlamento contra los malhechores, hombres y mujeres, llamados comprachicos, comprapequeños y cheylas.

La legislación los dispersaba; dichos estatutos, cayendo sobre ellos, determinó una fuga general, no solo de comprachicos, sino de vagabundos de todas clases. La mayoría de los comprachicos volvió á España, porque, como dijimos, muchos de ellos eran vascos.

Esa ley protectora de la infancia dió un primer resultado extraño; el súbito abandono de los niños.

Ese estatuto penal produjo inmediatamente una multitud de niños encontrados, de niños perdidos, y se comprende muy bien. Cualquiera partida nómada que llevase un niño era sospechosa; el mero hecho de la presencia de un muchacho la denunciaba. "Serán comprachicos," es lo primero que les ocurría al sheriff, al preboste y al condestable, y empezaban los arrestos y las pesquisas. Gentes que solo eran pordioseras, pero obligadas á vagar y á mendigar, tenían que pasar por comprachicos, aunque no lo fuesen, porque los débiles creen siempre que comete todos los errores posibles la justicia. Por otra parte, las familias vagabundas son habitualmente asustadizas. Se reprochaba á los compra-

chicos la explotacion de los hijos ajenos; pero son tales las promiscuidades de la penuria y de la indigencia, que muchas veces le era difícil á un padre y á una madre probar que un niño suyo era su hijo.—De quién teneis este hijo?—¿Cómo probar que de Dios? Los niños, pues, eran un peligro y se desembarazaban de él; huir solos era más fácil. El padre y la madre se decidían á perderle y le dejaban, ya en un bosque, ya en una playa, ya dentro de un pozo. Se encontraron en las cisternas muchos niños ahogados.

Añadamos á esto que, imitando á Inglaterra, se perseguía desde entonces á los comprachicos por toda Europa. Se habia dado el impulso de la persecucion al cascabel atado. Habia emulacion por cogerlos entre todas las policías, y el alguacil no vigilaba menos que el condestable. Se podia leer aun hace veintitres años, en una piedra de puerta de Otero, una inscripcion intraducible—el Código en sus frases anima á la honradez,—en la que estaba, con una gran diferencia penal, el castigo para los que ejercian el comercio de niños y para los que los robaban. Hé aqui la inscripcion castellana: *Aquí se quedan las orejas de los comprachicos y las bolsas de los robaniños, mientras que ellos van al mar á los trabajos forzados.*

Como se vé, el confiscarles las orejas y demás no impedia que fueran destinados á las galeras. Por eso dieron los vagabundos el grito de: ¡Sálvese el que pueda!; huían asustados y llegaban temblando. En todo el litoral de Europa se espiaba á los que llegaban furtivamente, y era imposible para una cuadrilla embarcarse con un niño, porque desembarcar con él era muy peligroso. Abandonar á un niño era muy fácil y muy rápido.

¿Quiénes eran los que abandonaron á aquel niño en las soledades de Portland? Comprachicos, segun todas las apariencias.

V.

El árbol de humana invencion.

Erán las siete de la noche: el viento á esa hora disminuía, lo que era signo de recrudescencia próxima. El niño se encontraba en la extrema altura llana del Sur de la punta de Portland.

Portland es semi-isla; pero el niño desconocia esto, lo mismo que ignoraba el nombre de ella. Solo sabia que se puede andar hasta que se cae. Una no-

cion es un guía, pero él no tenía ninguna nocion. Le llevaron allí y allí le dejaron. *Le llevaron* y *allí* eran los dos enigmas que representaban su destino; *le llevaron* era el género humano, y *allí* era el universo para él. No tenía en el mundo absolutamente otro punto de apoyo que la escasa cantidad de tierra en que descansaba los talones, tierra dura y fria para sus piés desnudos. En el inmenso mundo crepuscular, abierto por todas partes, ¿qué habia para este niño? Nada. Iba, pues, hácia ese Nada. El inmenso abandono de los hombres se extendía á su alrededor.

Atravesó diagonalmente la primera llanura alta, despues la segunda, luego la tercera. A la extremidad de cada una el niño encontraba una quebradura del terreno; la pendiente era algunas veces abrupta, pero siempre corta. Las altas llanuras desnudas de la punta de Portland se parecen á las grandes losas, medio encajadas unas con otras; la de la parte del Sur parece que entra en la llanura precedente, y la de la parte del Norte se levanta sobre la siguiente, y formaban salidizos que el niño franqueaba con agilidad. De vez en cuando se paraba, como si celebrase consejo consigo mismo. La noche era más oscura cada instante; su rayo visual se acortaba y el niño solo veía ya á pocos pasos de él.

De repente se paró, escuchó un momento, hizo imperceptible movimiento de cabeza de satisfaccion, volvióse con viveza y se encaminó á una eminencia de mediana altura, que apercibía confusamente á su derecha en el punto de la llanura más próximo al monte. Habia encima de ella una configuracion que á través de la bruma parecia un árbol. El niño acababa de oír por ese lado un ruido que no lo producian el viento ni el mar; no era tampoco grito de animales. Creyó que allí habia álguien. En poco tiempo bajó del montículo. En efecto, allí habia alguno.

Lo que era confuso desde la cumbre de la eminencia, era ya ahora visible para él. Era algo así como un gran brazo que salía de bajo de tierra enteramente recto: á la extremidad superior de dicho brazo se alargaba horizontalmente una especie de índice sostenido por bajo por el pulgar: ese brazo, ese pulgar y ese índice se destacaban en el cielo como una escuadra. En el punto de union del índice y del pulgar habia un hilo, del que estaba pendiente un no-

sé qué negro é informe; este hilo, movido por el viento, hacia el ruido de una cadena, y este fué el ruido que el niño oyó.

Visto de cerca el hilo, era lo que su ruido anunciaba, una cadena; cadena marítima con anillos semi-llenos.

Por la misteriosa ley de la amalgama, que en la naturaleza sobrepone las apariencias á las realidades, el sitio, la hora, la bruma, el mar trágico y los lejanos tumultos ópticos del horizonte, añadiéndose á la silueta, la hacian enorme.

La masa atada á la cabeza era semejante á una vaina; estaba envuelta como un niño entre pañales, pero era larga como un hombre; en la parte alta presentaba una redondez, alrededor de la que se rollaba el extremo de la cadena. La vaina estaba hecha pedazos por la parte inferior; por estas roturas asomaban como trozos de carne.

Ligero viento agitaba la cadena y hacia balancear á lo que de ella pendía; aquella masa pasiva obedecía á los movimientos difusos de los espacios, causaba no sé qué pánico, sin duda el del horror que desproporciona los objetos, robándoles casi la dimension y dejándoles el contorno; era aquella masa una especie de negrura que tenía un aspecto: estaba la noche encima, y dentro de ella era una presa para el engrandecimiento sepulcral; los crepúsculos, las salidas de la luna, los descensos de las constelaciones por detrás de las montañas, las flotaciones del espacio, las nubes y todos los vientos, concluyeron por entrar en la composicion de aquella nada visible; aquella especie de bloque suspendido en el viento participaba de la impersonalidad que se esparcía á lo lejos sobre el mar y por el cielo, y las tinieblas acababan de anonadar aquella cosa que habia sido un hombre.

Pero no lo era ya. Ser un resto es incomprendible. No existir y persistir; estar en el abismo y fuera de él; reaparecer por encima de la muerte, como insubmergible, encierra cierta cantidad de imposible mezclada á semejantes realidades. Este sér—pero, ¿puede llamarse sér?—este testimonio negro, era un resto, y un resto terrible. De qué? primero de la naturaleza y despues de la sociedad. Cero y total.

La inclemencia absoluta disponia de él á discrecion; los profundos olvidos de la soledad le rodeaban; estaba entregado á las aventuras de lo desconocido; sin defensa contra la oscuridad, que